
El Reggae: Profecía del presente*

ULYSSES SANTAMARIA

Paraíso turístico, de una belleza salvaje y generosa, a menudo se olvida que Jamaica es una nación en la que dos millones de almas buscan la salvación.

Hasta 1970, las únicas voces que se alzaban a despecho del orden establecido eran los de los *rastafaris*, profetas de los nuevos días de Jamaica. 1920 y 1930 fueron los buenos años de los movimientos nacionalistas africanos en Norteamérica y en las Antillas. El movimiento del retorno a África, del jamaicano Marcus Garvey, galvanizó a los negros de Estados Unidos y el Caribe. Llamó la atención de muchos, especialmente hacia Etiopía (único país africano no sometido entonces por los europeos), considerada como guía espiritual y cultural.

Poco después de la coronación del Emperador Haile Selassie, en 1930, se inauguró en Jamaica un movimiento que le proclamaba el Mesías vuelto a la tierra, rechazaba la legitimidad del sistema británico y predicaba ese regreso masivo del pueblo negro a África.

Durante muchos años, el movimiento de los *rastafaris* se desarrolló de manera clandestina y quedó en gestación en las colonias rurales aisladas.

Alrededor de 1950, las autoridades intentaron destruir una importante implantación *rasta* en las afueras de Kingston, pero no lograron más que empujar a la



* Tomado del extra No. 14 del "Viejo Topo".

mayoría hacia los barrios bajos de la capital. Allí, en las calles pobres y superpobladas, su cultura y su fe encontraron un terreno fértil y se arraigaron profundamente entre los más desfavorecidos.

Aunque en 1938 surgió en Jamaica un nacionalismo vigoroso, el movimiento se esforzó por funcionar en el interior del sistema político y económico impuesto por la colonización. Excepto algunos individuos aislados, ninguna organización quería impugnar la legitimidad de un sistema que había mantenido a los jamaicanos en la miseria.

La ascensión de los rastafaris y su emergencia en la escena pública, hacia los años 1950, cambiaron esta situación. Ningún aspecto del Antiguo Orden escapó a sus críticas.

Declararon que la moral era hipócrita, idolátrica la religión, decadente la cultura, ilegítimo e injusto el sistema clases.

Aunque no aceptaban la violencia, los rastas fueron considerados por las autoridades como peligrosos subversivos. Sus cabelleras provocativas y su precario atuendo fueron los fáciles blancos de la brutalidad policíaca. Pero por cada rasta abatido por las balas de la policía, surgía un centenar de nuevos adherentes.

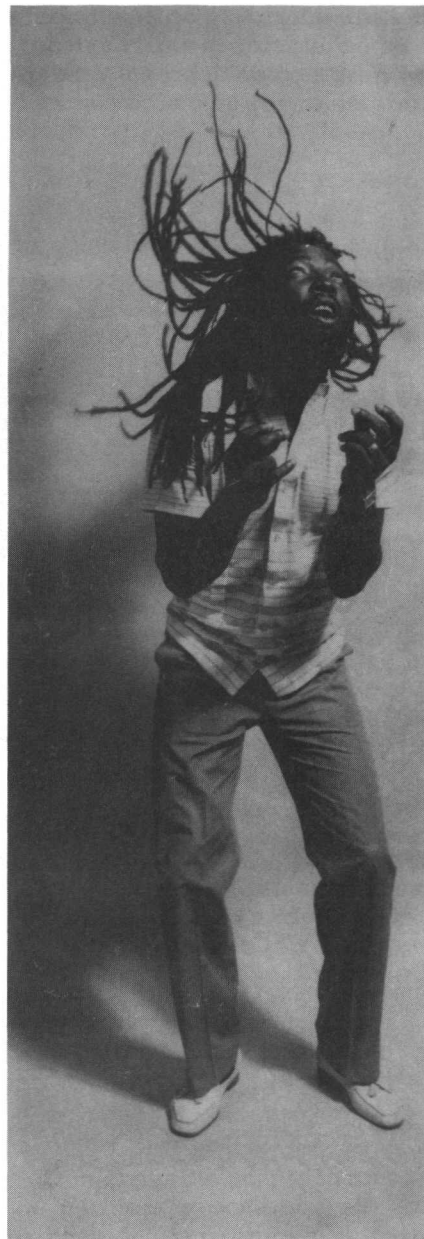
Entre las múltiples voces que intentaron captar a las miserables masas jamaicanas, la crítica radical y la nueva salvación que predicaban los rastafaris tuvieron un impacto particularmente fuerte. El movimiento empezó a atraer individuos cada vez más numerosos, entre los más alienados: hombres jóvenes sin trabajo y sin esperanza.

Aunque la fe de los rastas no contiene una ideología en el sentido estricto del término, es capaz de producir una toma de conciencia entre los pobres tan radical como las que se producen en Occidente.

A causa de sus imágenes poderosamente evocadoras de los elegidos que sufrieron las implacables luchas contra la autoridad imperial de Roma, el *Libro de las Revelaciones* es uno de sus textos

favoritos. Los rastafaris se identifican fuertemente con esa primera generación de cristianos que deseó intensamente el regreso del Mesías y que resistió con vigor a las exigencias envilecedoras de los señores imperiales.

Inspirados en los profetas hebreos y en las primeras generaciones cristinas, los rastas constituyeron, a partir de su propia experiencia del sufrimiento y de su poderoso deseo de liberación, una fuerza social cuyas raíces son propiamente jamaicanas. Con ello,



ofrecen un mensaje radicalmente diferente del de la mayoría de las iglesias locales, que ponen el énfasis en la aceptación del sufrimiento, la obediencia al poder establecido y la esperanza en el más allá.

Según afirma uno de los grupos, la religión cristiana era un *"hecho colonial que el hombre blanco trajo para reducir a la esclavitud al hombre negro. Cuando oímos sonar la campana en la mañana del domingo para ir a la iglesia, pensamos en la campana que sonaba para los esclavos. Juntamos nuestras cadenas en torno a nuestros pies y vamos a sentarnos y a escuchar a Jesús"*.

Para los rastafaris, la línea de división entre lo divino y lo humano no está tan claramente definida como para los cristianos.

Así, proclaman al mundo que *"Dios es el hombre y el hombre es Dios"*. Ninguna revelación de la naturaleza y de la existencia de Dios se produce fuera de la realidad carnal humana. Los rastas rechazan de una vez por todas el *"Dios en el cielo"* adorado por los cristianos. Según ellos, esa concepción tiene por objeto desalentar al pobre y mantenerlo pasivo y complaciente en vez de inducirlo a alzarse y tomar posesión de lo que en pleno derecho le pertenece. El dios de los rastas, JAH, para quienes lo reconocen, se revela a sí mismo a través del desarrollo de la historia humana y no por vertiginosas ascensiones celestiales.

Así como las rastas rechazan los aspectos alienantes del Dios Espiritual de las iglesias, rechazan igualmente la enseñanza sobre el Cielo y el Más Allá como otra estratagema para confundir a la gente. ¿Qué mejor manera, argumentan, de reprimir y contener los instintos de rebelión de los africanos deportados que adoctrinarlos con las glorias de otra vida que compensará las miserias de ésta? Para los rastas, no hay más que una sola vida y un solo mundo para vivirla.

De acuerdo con ese rechazo de aspectos relativos al *"Más Allá"* en la religión europea, los rastas

manifiestan un respeto particular hacia el universo natural, al que consideran la auténtica manifestación de lo divino. La tierra ha de ser considerada una madre, y como tal protegida y preservada, no profanada y destruida.

Muchos hábitos exteriores que caracterizan a los rastas se explican en buena medida por esa devoción a la naturaleza. Las largas mechas enrolladas (*dreads*) que adornan sus cabezas se consideran la "manera natural" en que deben crecer los cabellos. Peinarse o rasurarse es para ellos la verdadera barbarie. Fumar *ganja* (marihuana o hierba santa) es un acto sagrado.

Los rastas consumen los alimentos a la manera "I-Tal": sin sal, carne, conservantes u otros ingredientes que consideran dañinos para el cuerpo humano.

La fe de los rastafaris es apocalíptica de una manera muy semejante a la fe cristiana del Nuevo Testamento. Para los rastas, el juicio final ya ha comenzado.

Las grandes líneas están dadas por la batalla de Armagedón y hay una división clara entre los opresores privilegiados y poderosos de la humanidad y las humildes fuerzas que combaten por la justicia. Los rastas desafían a los pretendidos cristianos de Jamaica y

de las Antillas a tomar partido rápidamente, a dejar su existencia "babilónica" y volver a Sión, en Africa. Babilonia para ellos simboliza toda la civilización occidental que ha subrayado durante siglos a la gente del Tercer Mundo pero que ahora está a punto de hundirse.

El movimiento rastafari tiene una gran resonancia en todas las Antillas y no sólo en las de lengua inglesa—este mismo movimiento ha desencadenado ya conflictos políticos; así en Dominique, en 1975, donde los cabellos trenzados (*dreads*) han sido prohibidos bajo el pretexto de que asustan a los turistas— y en la isla de Granada donde la participación de los rastas favoreció el establecimiento de un régimen progresista.

Los rastafaris envían sus mensajes a los miembros más desposeídos y más desesperados de la sociedad caribeña. Están convencidos de que sólo los pobres de la tierra tienen la sabiduría necesaria para descubrir la solución. Los rastas tienen un amplio público entre los adolescentes y los hombres jóvenes excluidos de toda participación en una sociedad más vasta, que hierve de cólera y de frustración.

Su estilo profético toca particularmente a los pobres de los ghet-

tos; su lengua es criolla y colorida, emplea una imaginaria vívida tomada de las Escrituras y de la vida cotidiana. Y se espera que cada rastafari sea capaz de sostener un razonamiento a propósito del significado de la fe porque cada rastafari es un profeta. Se ha desarrollado también una contracultura que ofrece a los jóvenes un medio de rebelarse contra las condiciones babilónicas y les proporciona la libertad que necesitan para expresarse y expresar su cultura. La música reggae que interpretan jamaicanos como Bob Marley, Peter Tosh y Jimmy Cliff se ha convertido en el medio de transmisión por excelencia de la nueva cultura y ha conquistado hoy día un público internacional.

Si en ocasiones se ha rechazado a los rastas como "reaccionarios" debido al carácter religioso de su movimiento, durante mucho tiempo, antes de ninguna toma de posición política organizada, fueron gentes sensibilizadas a las realidades de la opresión. Actualmente, el poder simbólico y lingüístico de los rastafaris ofrece un contraste radical con las concepciones poco familiares y el lenguaje árido de los políticos occidentales. A semejanza de aquellos que aspiran a un cambio social, los rastafaris son también, desde Jamaica a Fort de France, revolucionarios.

Cultura reggae

"Do you remember the days of slavery?" Winston Rodney, más allá de la escena, a través de innumerables transistores, interpela a los dos millones de jamaicanos. A decir verdad, salmodia, martillea cada sílaba de la palabra *slavery*. Ligerito tiempo muerto. Luego todo el orgulloso pasado negro se yergue en el aire húmedo: "Yeah, Yeah Mon" (sí, sí, tío), enviando el golpeteo de los bajos al rescate.

Son los hijos de los guerreros coromantis de Ghana. Han forzado a las tropas inglesas a tragarse su orgullo en la célebre revuelta de los cimarrones, en 1738. El machete del esclavo ha quebrado el fusil e impuesto la independencia sobre un trozo de montaña. "I, Re-



bel Music" (B. Marley), es toda esa memoria —osario negro y sangre— fijada ante los ojos. También es solidaria de Africa, aún bajo el yugo de Babilonia ("*Un happy regime that now holds our brothers... in subhuman bondage*"): Triste régimen que ahora mantiene a nuestros hermanos en servidumbre infrahumana, Bob Marley) y de los primeros antillanos eliminados ("*The Arawaks, the Arawaks were here fist*". Los arawaks estuvieron antes aquí). La paz duradera entre las razas (*the lasting peace*) a la escala de la tierra: esta pequeña isla antillana sabe de qué habla, ¿no es acaso el microcosmos de una organización social troceada por las diferencias raciales?

El reggae toma su fuerza de la particular insolencia jamaicana: provocación aberrante que parece vencer bruscamente todos los obstáculos. El Lenin negro, Marcus Garvey, es su representante legendario. Hizo volver en los años 20 a millones de negros, con la frente alta, hacia las tierras de Africa y el sur de Estados Unidos. Profeta y emperador circulante, sus fábricas de la "*Negro Factories Corporation*" humean todavía en la imaginación nutrida de ganja.

Independiente desde 1962, Jamaica y Jah (Dios) conciben, en la violencia terrible de Trenchtown, donde se enfrentan a muerte los Gunmen (pistoleros), un sutil cóctel de Allende y de Castro: Michael Manley.

Se convierte en Primer Ministro en 1972. Si el alfilerazo se clava a fondo en el flanco del mamut americano, es también lo bastante preciso y popular para bloquear las tentativas de desestabilización. Ya se interpenetran el reggae y la historia: Bob Marley es herido en un atentado debido a su apoyo al líder progresista.

La "Reggae Music" es el vector de la identidad jamaicana: nace a fines de los años sesenta, después del "ska". La estructura musical realiza un sincretismo entre rock y soul y la tradición afro-antillana, ilustrada especialmente por las ceremonias del "Pokomania".

Por otro lado, también la ausencia de ciertos instrumentos es causa de que los músicos de la isla modifiquen la música blanca. Si bien se encuentran estrofas y refranes como en occidente, el tambor de Africa que retumba en el bajo hace jaderar el fraseado: "*el bajo, no, nada más que el bajo, todo está allí*", explica Family Man, el bajista de los *Wailers*.

También la Reggae Culture: lo que dice el reggae es cierto, en él se funda el saber corriente. En ese rincón de las Antillas donde la información satura y pasa, la marca de lo importante es reggae. A ese respecto, no hay que detenerse sólo en las letras de las canciones, sino ampliar la atención a una de las más importantes prácticas del concierto: el *talk-over* (charla). En efecto, la representación musical en el sentido en que nosotros la entendemos en Europa es rara, simplemente porque el material es demasiado costoso. También se desplazan por el país discotecas ambulantes (*Sound Systems*), animadas por los disc-jockeys, los famosos "DJ's". Estos ponen un "dub" (trozo instrumental) sobre el cual hablan, improvisan discursos y cantos entremezclados. Así un dialecto de inglés procea sin cesar nuevas palabras y se despliega una información macerada en la imaginación. La música reggae no es una repetición destinada a mantener el culto de los ídolos; es más bien un taller colectivo de aprehensión de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño: U-Roy narra la intervención soviética en Checoslovaquia, un grupo desconocido denuncia una intoxicación alimentaria local, Dillenger... Nueva York y la cocaína.

Si no se capta esa dimensión es imposible imaginarse el acontecimiento que constituyó recientemente el gran concierto de reconciliación nacional que tuvo lugar en Kingston. En la escena se encontraban los grandes músicos Tosh y Marley, y los líderes de los dos partidos políticos rivales (PNP y JLPX6): se vio a los cantantes, árbitros por un día, hacer la requisitoria pública del JLP. Imagen fu-

gaz de la política palpable, que calca casi nuestra Edad Media, cuando Carlos V de Francia, aún delfín, arenga en un extremo de París a una multitud hostil que Etienne Marcel mantiene en suspenso en el otro extremo.

Pero el reggae posee también lo que falta cruelmente en el universo rock y punk: lo espiritual. El espíritu reggae se apoya en un movimiento religioso, el de los cien mil rastafaris. Estos, que afirman que el sistema transpira muerte, militan por el "*reconocimiento del filósofo Marcus Garvey que ha predicado mucho por un pensamiento universal de la paz*" (J. Cliff). Nuevos "perfectos", impulsan mitos cuyo eje es el retorno a Sión, es decir a Africa, nueva Jerusalén. Por lo demás se reivindicaban como descendientes de una de las tribus de Israel dirigida por un Salomón negro. Para volver del exilio, han encontrado un nuevo Moisés siguiendo al pie de la letra una de las predicaciones de Garvey: Haile Selassie, emperador de Etiopia, Rey de Reyes, León, conquistador de Judea, 2550 heredero de Salomón, Ras Tafari. Esta vez es cierto y seguro: el viento del Oeste triunfa sobre el del Este. Desde hace dos inviernos, la vieja Etiopía salta al son de una música nueva, hasta entonces objeto de la curiosidad perversa de unos cuantos tercermundistas retrasados: el reggae y su bajo lancinante. Hoy día, el reggae tiene sus grupos: *Thirld World* (Tercer Mundo), *Cimarons*, *Burning Spear* (Lanza Ardiente); sus estrellas: Bob Marley, Peter Tosh, Jimmy Cliff; sus películas (*Tout, tout de suite*). (Todo, enseguida), aparecida hace dos años en medio de la indiferencia general, se ha proyectado de nuevo en París); su atuendo: trenzas y bonetes de lana sobre cabezas negras. Una música nueva menos emoliente que el disco, menos recalentada que el viejo rock sucio de los punks. Textos diferentes, que concilian bien y mal los llamados a la revuelta ("*Get up, stand up for your rights*". Alzaos, levantaos por vuestros derechos) y una visión mística desesperadamente



simple (*Where is Jah-Dios? Jah is there: ¿Dónde está Jah? Jah está allí*). A pregunta idiota, respuesta idiota, estamos tentados a refunfunar: el carisma religioso vuelve a sembrar el desorden. En todo caso, nueva espiritualidad, política o no, el reggae funciona...

Ante todo, el bajo al que sigue el contoneo de los cuerpos, medida implacable de la violencia de la ciudad. *Music and words*. Las palabras son siempre las mismas: revuelta, amor y Dios. *Jah is everywhere*. Palabras para denunciar la corrupción de la moderna Babilonia (metafóricamente todo el mundo occidental, empezando por Jamaica).

El derecho de ese revés es África. "*Meeting in Africa*" abre el último álbum de Jimmy Cliff. El África de la negritud y el panafricanismo.

¿Por qué Europa, que no tiene que ver en la geografía imaginaria del reggae, es sin embargo sensible a él? Reminiscencia del pasado: de América a África, no hay línea recta para el regreso. Una vez que habían descargado su contenido humano, los barcos se apresuraban hacia Europa. El viejo triángulo de los negreros sigue existiendo, y los inmigrantes jamaicanos se encuentran en gran número en Gran Bretaña. La inmigración antillana: tal es el primer

relevo. El carnaval de Notting Hill Gate, que se sitúa al final del verano en Londres, se desarrolla al compás del reggae. Signo de la adaptación de esta música exótica, los grupos se forman en Gran Bretaña: *Reggae Regular*, *Aswad*, *Cimarons*. Hoy día, las formaciones surgidas en la metrópolis son casi tan numerosas como las "nativas" (de Jamaica). Música de los ghettos y, con ello, casi universal, "cuando te golpea, no te hace daño" (Bob Marley). Música de los transplantados que en todas partes, de Trenchtown (un ghetto de Kingston, en Jamaica a Hansworth (el suburbio antillano de Birmingham), de las Babilonias tropicales a las Metrópolis negras y frías de Europa, recomponen una nueva cultura. *Hansworth Revolution* es el título de uno de los últimos grupos, *Street Pulse*, de los jamaicanos de Birmingham que anuncian la inminente caída de Babilonia. ¿Última advertencia de los Bárbaros ya venidos?

En todo caso, para nosotros, en Europa, el reggae excede su origen exótico. Es la música del momento: los más astutos de los músicos europeos lo han comprendido. Los *Rolling Stones*, que tienen su estudio en Orange (isla antillana), se reúnen con Peter Tosh y producen su último disco

(*Bush Doctor*), Gainsbourg graba con los músicos de este último una versión inédita de la Marselesa, en Jamaica...

Música sin verdadero exotismo, porque es ante todo música urbana, y probablemente por ello nos gusta. No es realmente una música de la ciudad, cierto, sino de las aglomeraciones de individuos dispersos, transterrados de todas clases. El reggae rompe el grillete del folklore. Construye una nueva imaginación, promete tal vez una cultura nueva cimentada por la imposibilidad misma del retorno a África. Peter Tosh delira: "*since you're a Black man, you're a Black man, you're an African...*" (Si eres negro eres africano...) Claudel lo dice tan bien: "*Je suis la promesse qui ne peut être tenue pas ma grâce consiste en celá même*" (Soy la promesa que no se puede cumplir y en ello consiste mi gracia).

Y África comienza a ser sensible a esa nueva imaginación. De un modo extraño, el unanimismo religioso de los cantantes de reggae no gusta mucho. Lo que despierta el interés es el llamado a la revuelta, a defender derechos fundamentales. Al final del viaje, el reggae encuentra sus orígenes: la violencia y los posters de Marley coexisten con los de Bruce Lee. No es sorprendente ver un grupo sudafricano con el evocador nombre de los *Warriors* (Guerreros) grabar un reggae combativo en un estudio de Johannesburg.

El propio Jimmy Cliff se ha instalado en el Senegal para producir su último disco. Pero, hecho mucho más significativo, se ha convertido al Islam y más precisamente a una secta muy poderosa entre los intelectuales de Dakar: el muridismo, dirigido por el gran Marabout de Touba. Cómo no ver la alianza afro-antillana definida por su vitalidad demográfica bajo la vara de un Islam también en plena expansión en África. El Arca nueva y poderosa de su juventud parece mofarse y fascinar a la vieja dama europea, un poco rock y tan arrugada.

(Traducción: Paloma Villegas).